

## Sueño con una barba inconfundible

*A Nivea de Lourdes Torres*

*Chuang Tzu soñó que era una mariposa.  
Al despertar ignoraba si era Tzu que había soñado que  
era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñan-  
do que era Tzu.*

Chuang Tzu



Orígenes, Poli Marichal.  
Linograbado. 2016

Un extraño picor en la barbilla me despierta. Salto de la cama y corro al baño. El espejo refleja mi rostro, pero no el de siempre; ahora luzco una profusa, negrísima, subversiva y homogénea barba. Halo un mechón para darme cuenta que, en efecto, los vellos negros están pegados a mi piel. Parece un embrujo, una imprecación o la continuación del sueño del que acabo de despertarme.

En pocos minutos acepto que el bosque frondoso en mi cara es igual a la inconfundible barba de René, mi nuevo compañero de trabajo. Él es un individuo raro, de esos que llegan a la mina y mantienen todo el tiempo la cabeza baja. Hace toda suerte de ardides para estar sólo en los vestidores. Nadie lo conoce, aunque todos bromean porque tiene una inmensa cantidad de vello corporal que lo hace parecer como un minotauro con abrigo. A mí, por el contrario, me han llamado la atención sus ojos negros bordeados de pestañas que contrastan con el azul turquesa de los míos. En este momento se contraponen el recuerdo de su semblante con mi, hasta hoy, faz lampiña. Parece una lucha, un encuentro de sortilegios que me atropella y me hace pensar en mis pasiones.

Entre cavilaciones, despertares y sobresaltos mañaneros casi olvido que apenas tengo una hora para arribar al trabajo al que, por ninguna circunstancia, debo llegar tarde para evitar una cesantía inoportuna. Me apresto a salir sin poder consumir la fantasía de afeitarme. En mi caso, un acto para el que no tengo la parafernalia que distingue las mañanas del sexo masculino.

Corro por la calle Adams y logro alcanzar el autobús que me dejará frente al terminal de West Orion. He ganado diez minutos, el tiempo necesario para detenerme en la cafetería de Anna y comprar mi acostumbrado y sacrosanto café matutino. Como siempre Anna me saluda, me observa detenidamente. Para mi asombro, ella parece inmersa en mis pupilas. La saludo con el mismo gesto de siempre que sugiere la promesa inédita de que algún día la invitaré a cenar. Estas despedidas resultan como un adiós a la posibilidad de una familia, concepto para el que he desarrollado una especie de fobia.

El tren no está repleto como en otras mañanas. Varios remolinos de hojas me reciben en la estación y un viento con olor a algún tipo de orquídeas satura el ambiente. Encuentro un vagón solitario cuyas luces parpadean sin cesar. Termino el café de un sorbo prolongado.

Entonces me sobreviene una oleada de culpa por el sueño. El mismo que me sedujo toda la noche, que me hizo levantar, como cuando era joven, con la ropa interior húmeda. “Es de tarde, llego y él está, sorpresa, qué carajo hace aquí, René sonrío a media asta, y yo me sonrojo a luna llena, camina hacia mí y se quita la ropa, lo veo desnudo, cubierto de esa segunda piel de animal, *qué hago, qué haces, apareces sin avisar, si solo te veía en los probadores, te miraba de reojo, porque eres lo que no soy, eres todos los siglos, la prehistoria, el pensamiento extraviado, René, tu carne no está cocida, y yo me quemó a fuego lento, me convierto en cordero en el santuario, culpa, engaños, los días perdidos, los que no tienen un semblante, no puedo hacer nada, solo sepultarte, enterrarte en la cripta de la que no debes salir, pero estás en uno de mis sueños y lo peor fue que te llamé, te grité que vinieras cuando te vi de espaldas, erróneamente robusto, delgado, pálido, con un pelo-vello negro y una piel rosada-blanca, me tocas la comisura de los ojos para percartarte de las crecientes que han pasado por ellos, muerdes mis hombros con fuerza y aparecen jeroglíficos en mi antebrazo, no puedo despertar de esta mimesis de mi mismo que me convierte en tartamudo, nada, mi vida naufraga en una gran calabaza repleta con todos los animales, me convierto en paloma que busca tierra o una ramita de olivo... te acercas con una navaja filosa, una tasa de porcelana inglesa, aroma a jabón del abuelo, la espuma, mil burbujas que develan quién soy: un hombre con dos hemisferios en la mirada y un ecuador en la conciencia, me suplicas, y pones el mango de alabastro en mi mano, sácame la piel que me ahogo... tu voz suena con todos los misterios, te cubres de lavazas y te acuestas en el sofá de la gran sala de banquetes, la cena está servida; mata y come, y comienzo a afeitarte la pierna izquierda, tiembblas con el frío del metal, yo te arrullo, te develo, eres eso, lo que no pensaba, mi familia, la navaja se acomoda en el vaivén de tus músculos, paso la mano para sentir la suavidad de un recién nacido, pero las nalgas, esas se abultan solícitas, evolucionan para convertirse en dos conchas suaves, en tus profundidades hay un jardín donde los senderos se bifurcan, tú no eres un hombre, eres un laberinto, un libro, quedo anclado y se levantan nuestros mástiles, nos lleva el viento mientras sacudo las velas de tu espalda, descubro un suburbio debajo de tus brazos... cerca de las tetillas siento como lo más próximo al otro extremo de tu boca se eleva y se frunce,, tu vientre forma un hoyo negro que me succiona, quedas sin mácula, puro, cómo rescato los tulipanes en tu entrepiernas, deseo lamerte para que alguna de las cortaduras que te provoco sanen, llego a ese rostro escondido detrás de una máscara de hierro, allí está, la cavidad que me necesita por donde puedo ver el anverso de tu piel, estás sobre el sofá, boca abajo, más joven, tierno, con el cabello largo, entre perdices de Marruecos, un té del Nepal y un corazón de cristal que late tan rápido como el mío. Regreso al montículo de tus nalgas, suelto los perros que se esconden en mi lengua, te doy un beso clarooscuro, libertador, mientras tú te las abres de par en par, siento la mirada de un ciclope cachetón, necesito tu ombligo para hacer un estanque con mi saliva, gimo, gimés como lo haría Anna, volteas la cabeza para encontrar mi lengua compás, para hacerme pentagrama y te beso para saber cuál es tu sabor y cómo saben tus adentros... quiero caminar, te abro y te escupo mientras tú quedas*



*con la boca abierta en un alarido inconcluso, me toco, estoy tan vivo y debajo de mi prepucio nace una fruta roja, jugosa, tu anillo fruncido pide, exige, yo obedezco, coloco mi primer extremo, tres centímetros de aureolas boreales, te duele, tu dolor exacerba todo el Id que tenía perdido, entonces arremeto con fuerzas, sin que me importe, porque sé que el «Vía Crucis» cederá, y quedarás sin toga ni birrete, pero graduado... te acomodas en uno de los brazos del sofá, en una posición insospechada que me hace olvidar los tropos de la conciencia y los eufemismos de la moral para gritar: «toma verga, René, siente como mis testículos rebotan en tu... sí, en la parte más llana de tu voluntad, me siento entrado y entrante, René, y en mi mente solo repican las ganas de preñarte...».*

Salgo del trance por un cosquilleo en el antebrazo: ¡tengo las extremidades cubiertas de pelos negros! Examino mi pecho para constatar que también ha sido infectado. No entiendo la metamorfosis que me ocurre, pero cuando el escozor de la abstinencia se alborota ante la llegada del ente, el deseo pesa más que la razón. Faltan cinco minutos para la hora de entrada, espero unos instantes para desinflarme. Nadie está cerca. Las luces, quietas. Camino de prisa con la mochila de escudo en la pelvis. Tengo miedo de encontrarlo, como si él pudiera adivinar lo que he soñado y lo que ahora pienso.

Emilio del Carril  
.....  
*Sueño con una barba  
inconfundible*

Llego a los baños, me cambio, ajusto el casco de seguridad y mis botas con punta de acero. Antes de encaminarme al área de trabajo, escucho una respiración junto con el sonido inconfundible de un remolino de hojas. Me acerco a una esquina anónima y veo que el suelo está cubierto de crisálidas vacías. Doy varios pasos más. Lo encuentro sentado con los antebrazos sobre los muslos. Al verme, se levanta en una huida precipitada.

—No te vayas.

Pero él no responde, me evita, se para frente a un extintor.

—¿Qué pasó? ¿Te puedo ayudar?

—...

Espero un tiempo prudente para la respuesta. Resignado, René voltea el cuerpo y levanta el rostro lentamente. Ahora exhibe una cara que nunca había publicado: tersa, diáfana, sin barba y con unos sorprendentes ojos azul turquesa...